

Autores y libros

Cien años de Daniel de la Vega

Daniel de la Vega, Premio Nacional de Literatura y de Periodismo, nació hace cien años. Exactamente, en Quilpué, el 30 de junio de 1892. No es de esperar que haya alguien que desconozca este nombre. Como escribe Luis Merino Reyes en su obra "Escritores chilenos laureados con el Premio Nacional de Literatura" (Aranibia Hernandos, Editores, Santiago 1990), "Es difícil encontrar otro escritor chileno que haya sido más leído que Daniel de la Vega". En 1931, Alone (Hernán Díaz Arrieta) lo dibujó así: "Bajo la sombra del chambrero flotante, sobre su corbata bohemia y una cara pálida, soñadora y unos ojos celestes, de ángel extenuado, prestan a Daniel de la Vega la estampa de un poeta romántico que no está bien de salud."

"Cierta parte de su obra responde a esa impresión superficial."

"Empezó cantando lánguidamente a las nenas de los barrios y a las provincianas sentimentales que esperan al novio al son del organillo. Poeta fácil de adolescencia. Cuando quería robustecer el acento daba en la fanfarria tribuna, a lo Víctor Domingo Silva."

"Pero, luego, de esa personalidad inicial fueron saliendo sucesivamente otras y otras: un crítico empujado en campaña abierta contra los restos neoclásicos, allá por 1913; un conato de novelista que se ensayó, sin fortuna, en la "Luna enemiga"; un pensador incipiente tocado de vago teosofismo y de especulaciones metafísicas; un autor teatral que logró triunfos efímeros en el público; un poeta deshecho de ternura por la mujer y por su hijo, que lo ofrece religiosamente a Jesús envuelto en muchas palabras."

"Todo ello a través de quince años de incesante consagración a las letras..."

Según páginas encontradas por Mario Cárpea Guzmán en el huerto de Raúl Silva Castro, en 1926 Daniel de la Vega conmemoraba de esta manera sus primeros pasos: "Comencé a escribir a los siete años. En ese tiempo vivía en Valparaíso, en casa de mi abuelo. Hubo un día una gran tempestad, y yo entonces la saludé con unos versos alisonantes y trémulos, que mi madre guarda todavía. Mis primeras emociones como periodista me las dio un periódico que publiqué en Quilpué, titulado "La Semana". Yo, en ese tiempo, a los catorce años de edad, era un periodista terrible. No tenía hablar en mis artículos de la vida íntima de mis vecinos del pueblo, con detalles espeluznantes. Como los vecinos habían amenazado matarme, me escondí en casa y desde allí hacía circular el periodicocho lleno de insultos... El que pagaba las consecuencias era, naturalmente, mi padre, a quien hice sufrir mucho con mis irreverencias."

No todos los periodistas, por cierto, empiezan de esta forma. Otros empiezan de forma peor. Pongámonos el asunto en claro: una cosa es ser (o haber sido) periodista y otra muy diferente ser (o haber sido) Daniel de la Vega.

Don Carlos Silva Vildósola, tal vez el más penetrante y sutil de los hombres de prensa de las primeras jornadas del siglo XX, observó en 1933 que Daniel de la Vega poscía la virtud no sólo de retener al lector, sino de fascinarlo, anulando las posibilidades del juicio frío acerca de su obra. En opinión de don Carlos Silva Vildósola, el secreto del encanto de Daniel de la Vega radicaba en la atmósfera poética en que envolvía sus escritos. A su turno, en 1973, con motivo de la muerte de Daniel de la Vega, Alone se detuvo a examinar una de las prendas de carácter que más le habían impresionado en el autor de "Las Montañas Ardientes".

"Carecía de orgullo hasta el milagro".

En efecto, no se sabe de un escritor más despreciado de sí mismo. Recordamos, en los últimos tiempos, una de sus confesiones: "A mí me van a tener que matar a palos".

El mundo de la literatura, hecho público y notorio, está poblado de gente desesperadamente orgullosa. La institución nacional e internacional del "contacto" permite a algunos alimentar el ego con figuraciones de rango extradoméstico. El "contacto" supone tener amigos de influencia en el manejo de las redes transnacionales del poder social. Estos amigos facilitarán a la larga la invitación oportuna, la aparición deseada, la cita alentadora en el libro de huéspedes de la gran feria de las vanidades.

A Daniel de la Vega no se le oyó hablar del "boom". De ningún "boom". Los sobrevivientes del "boom" tenderán a filiarlo como una exquisita curiosidad del transnoche romántico. En su vena de cierto cronista de la vida diaria, Byron Gigoux James creyó ver la hebra inicial del español Emiliano Ramírez Angel. En su época, Ramírez Angel era capaz de inmovilizarse ante el cuadro de la niña que servía de pararrayos en el "pololeo" de su hermana casadera. "La hermanita que va adelante" tituló Ramírez Angel una de sus agudas postales de este orden. También se ha registrado la presencia de Luis Taboada y de Azorín en el modo de abordar Daniel de la Vega la nota instantánea. Habría que agregar la reflexión irónica de Ica de Queiroz, el humor de Shaw, el ingenio de France, la gracia de Stendhal, la prontitud de Renard.

Daniel de la Vega tenía la intuición de que su talento, procurado a sorbo, evitaba la fatiga, la sobriedad. La prueba está en que, de regreso a la poesía después de una muerte de años, se dejó leer como el más brillante de los escritores del día. Byron Gigoux James, director de "Las Últimas Noticias", recomendaba a sus segundos de a bordo: "Cuidado con omitir a Daniel de la Vega. Su columna 'Hoy' es la que sostiene nuestro edificio".

En el repertorio de su caudioso estudio biográfico de Daniel de la Vega, el historiador del teatro y cronista Mario Cárpea Guzmán incluye varias "instantáneas" del renombrado maestro.



De la Vega empezó a escribir a los siete años "y a los catorce yo era un periodista terrible".

He aquí una pequeña selección de las mismas en mesa revuelta:

Hay personas a quienes no les sienta bien ser inteligentes. El talento les cae como una ropa mal cortada.

Si tú te calumnias, tus amigos te elogian. Si tú te elogias, tus amigos te calumnian. Nada de tinieblas. Elige.

Ella no es soberana por el marido que le falta, sino por el perro que le sobra.

El joven dice que no va a la oficina por temor a que lo despidan.

Solo los enemigos deberían despedirse.

El jorobado es un ciclista que va a pie.

Y no te olvides de que sólo tu madre te perdonará tus triunfos.

Un buen amigo es un hermano que no usa nuestras corbatas.

Las magnolias son más silenciosas que los claveles. Son más tranquilas.

Yo siempre seré pobre, porque pierdo mi tiempo en trabajar.

El amor no quiere términos medios. O cuesta muy caro o no cuenta nada.

● Filebo

Cien años de Daniel de la Vega [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1992

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Cien años de Daniel de la Vega [artículo] Filebo. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile